

LIBRO SEGUNDO.

Á GALION (4).

DE LA VIDA BIENAVENTURADA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Todos, oh hermano Galion, desean vivir bienaventuradamente; pero andan á ciegas en el conocimiento de aquello que hace bienaventurada la vida; y en tanto grado no es fácil el llegar á conocer cuál lo sea, que al que más apresuradamente caminare desviándose de la verdadera senda y siguiendo la contraria, le vendrá á ser su misma diligencia causa de mayor apartamiento. Ante todas cosas, pues, hemos de proponer cuál es la que apetece, despues mirar por qué medios podremos llegar con mayor presteza á conseguirla, haciendo reflexion en el mismo camino, si fuere derecho, de lo que cada dia nos vamos adelantando, y cuánto nos alejamos de aquello á que nos impele nuestro natural apetito. Todo el tiempo que andamos vagando, sin llevar otra guía más que el estruendo y vocería de los distraídos, que nos llama á diversas acciones, se consume entre errores nuestra vida, que es breve, cuando de dia y de noche se ocupa en buenas obras. Determinemos, pues, á dónde y por dónde hemos de caminar, y no vamos sin adalid que tenga noticia de la parte á que se encamina nuestro viaje; porque en esta peregrinacion no sucede lo que en otras, en que los términos y vecinos, siendo preguntados, no dejan errar el camino; pero en ésta, el más trillado y más frecuentado es el que más engaña. En ninguna cosa, pues, se ha de poner mayor cuidado que en no ir siguiendo á modo de ovejas las huellas de los que van delante, sin atender á dónde se va, sino por dónde se va; porque ninguna cosa nos enreda en mayores males que el dejarnos llevar de la opinion, juzgando por bueno lo que por consentimiento de muchos hallamos recibido, siguiendo su ejemplo, y gobernán-

(4) Don José Rodríguez de Castro escribe en su *Biblioteca española*, tomo II: «El libro *De vita beata* le dedicó Séneca á su hermano Novato, cuando ya habia tomado por la adopcion los nombres de Junio Anneo Galion; y con pretexto de tratar de este asunto y dar á su hermano los consejos más saludables para tener una vida feliz y tranquila, hace por sí una bella apología contra los que sentían mal de su conducta y de que poseyesen tantas riquezas; especialmente desde el capítulo xxviii en adelante, en que de intento habla de este punto; y advirtiendo Justo Lipsio que este libro está incompleto, separó del capítulo xxviii de él todo lo que se le habia agregado en sus ediciones, y lo publicó separadamente, como fragmento de algun otro libro, con el título *De otio aut secessu sapientis*. De este libro dice Barthio, citado por don Nicolás Antonio, «ser el más excelente que tenemos, despues de los de la sagrada Escritura, los cuales toca tan inmediatamente, que parece haberlos leído.»

Nótese, entre los juicios críticos que preceden en este tomo á las obras de Séneca, lo que el sabio obispo de Búrgos don Alonso de Cartagena escribía al rey don Juan el Segundo.

donos, no por razon, sino por imitacion; de que resulta el irnos atropellando unos á otros, sucediendo lo que en las grandes ruinas de los pueblos, en que ninguno cae sin llevar otros muchos tras sí, siendo los primeros ocasion de la pérdida de los demas. Esto mismo verás en el discurso de la vida, donde ninguno yerra para sí sólo, sino que es autor y causa de que otros yerren, siendo dañoso arrimarse á los que van delante. Porque donde cada uno se aplica más á cautivar su juicio que á hacerle, nunca se raciona, siempre se cree; con lo cual el error, que va pasando de mano en mano, nos trae en torno hasta despeñarnos, destruyéndonos con los ejemplos ajenos. Si nos apartáremos de la turba, cobraremos salud, porque el pueblo es acérrimo defensor de sus errores contra la razon; sucediendo en esto lo que en las elecciones, en que los electores, cuando vuelve sobre sí el débil favor, se admiran de los jueces que ellos mismos nombraron. Lo mismo que ántes aprobamos, venimos á reprobar. Que este fin tienen todos los negocios donde se sentencia por el mayor número de votos.

CAPÍTULO II.

Quando se trata de la vida bienaventurada, no es justo me respondas lo que de ordinario se dice cuando se vota algun negocio: «Esto siente la mayor parte;» pues por esa razon es lo peor, porque no están las cosas de los hombres en tan buen estado, que agrade á los más lo que es mejor, ántes es indicio de ser malo el aprobarlo la turba. Busquemos lo que se hizo bien, y no lo que está más usado; lo que nos coloque en la posesion de eterna felicidad, y no lo que califica el vulgo, errado investigador de la verdad. Y llamo vulgo, no sólo á los que visten ropas vulgares, sino tambien á los que las traen preciosas, porque yo no miro las colores de que se cubren los cuerpos, ni para juzgar del hombre doy crédito á los ojos; otra luz tengo mejor y más segura, con que discernir lo falso de lo verdadero. Los bienes del ánimo sólo el ánimo los ha de hallar, y si éste estuviere libre para poder respirar y retirarse en sí mismo, oh cómo encontrará con la verdad, y atormentado de sí mismo, confesará y dirá: «Quisiera que todo lo que hasta ahora hice, estuviera por hacer, porque cuando vuelvo la memoria á todo lo que dije, me rio en muchas cosas de ello; todo lo que codicié, lo atribuyo á maldicion de mis enemigos. Todo lo que temí (¡oh dioses buenos!) fué mucho ménos riguroso de lo que yo habia pensado. Tuve amistad con muchos, y del aborrecimiento volví á la gracia (si es que la hay entre los malos), y hasta ahora no tengo amistad conmigo. Puse todo mi cuidado en

levantarme sobre la muchedumbre, haciéndome notable con alguna particular calidad, ¿y qué otra cosa fué esto, sino exponerme á las flechas de la envidia, y descubrir al odio la parte en que me podría morder? ¿Ves tú á éstos que alaban la elocuencia, que siguen las riquezas, que lisonjean la privanza y ensalzan la potencia? Pues ó todos ellos son enemigos, ó juzgándolo con más equidad, lo podrán venir á ser, porque al paso que creciere el número de los que se admiran, ha de crecer el de los que envidian.»

CAPÍTULO III.

Ando buscando con cuidado alguna cosa que yo juzgue ser buena para el uso, y no para la ostentacion, porque éstas que se miran con cuidado y nos hacen detener, mostrándonos los unos á los otros con admiracion, aunque en lo exterior tienen resplandor, son en lo interior miserables. Busquemos algo que sea bueno, no en la apariencia, sino sólido y macizo, y en la parte interior hermoso. Alcancémoslo, que no está muy léjos, y con facilidad lo hallarás si atendieres á la parte á que has de extender la mano; porque ahora pasamos por las cosas que nos están cercanas, como los que andan á oscuras, tropezando en lo mismo que buscan. Pero para no llevarte por rodeos, dejaré las opiniones de otros, por ser cosa prolija el referirlas y refutarlas. Admite la nuestra; y cuando te digo la nuestra, no me ato á la de alguno de los principales estoicos; que tambien tengo yo libertad para hacer mi juicio. Finalmente, seguiré alguno de ellos, á otro compeleré á que divida su opinion, y por ventura despues de estar llamado y citado de todos, no reprobaré cosa alguna de lo que nuestros pasados decretaron, ni diré: «Esto siento de más;» y en el interin, siguiendo la opinion comun de los estoicos, me convengo con la naturaleza, por ser sabiduría el no apartarnos de ella, formándonos por sus leyes y ejemplo. Será, pues, bienaventurada la vida en lo natural, que se conformare con su naturaleza, lo cual no se podrá conseguir si primero no está el ánimo sano y con perpétua posesion de salud. Conviene que sea vehemente, fuerte, gallardo, sufridor y que sepa ajustarse á los tiempos, siendo circunspecto en sí y en todo lo que le tocá, pero sin demasía. Ha de ser asimismo diligente en todas las cosas que instruyen la vida, usando de los bienes de la fortuna sin causar admiracion á otros y sin ser esclavo de ella. Y aunque yo no lo añada, sabes tú que á esto se seguirá una perpétua tranquilidad y libertad, dando de mano á las cosas que nos alteran ó atemorizan, porque en lugar de los deleites, y las demas cosas que en los mismos vicios son pequeñas, frágiles y dañosas, sucederá una grande alegría incontrastable, una paz acompañada de concordia de ánimo y una grandeza adornada de mansedumbre, porque todo lo que es fiereza se origina de enfermedad.

CAPÍTULO IV.

Podrá asimismo definirse nuestro bien de otra manera, comprendiéndose en la misma sentencia, aunque no en las mismas palabras. Al modo que un mismo ejér-

cito unas veces se esparce con mayor latitud, y otras se estrecha y reduce á más angosto sitio; unas se pone en forma de media luna, otras se muestra en recta y descubierta frente; pero de cualquier manera que se forme, consta de las mismas fuerzas y está con el mismo intento para acudir á la parcialidad que sigue. Así la definicion del sumo bien puede unas veces extenderse, y estrecharse otras; con lo cual vendrá á ser lo mismo decir que el sumo bien es un ánimo que estando contento con la virtud, desprecia las cosas que penden de la fortuna, ó que es una invencible fortaleza de ánimo, sabidora de todas las cosas, agradable en las acciones, con humanidad y estimacion de los que le tratan. Quiero, pues, que llamemos bienaventurado al hombre que no tiene por mal ó por bien sino el tener bueno ó malo el ánimo, y al que siendo venerador de lo bueno y estando contento con la virtud, no le ensorbecen ni abaten los bienes de la fortuna, y al que no conoce otro mayor bien que el que se pueda dar á sí mismo, y al que tiene por sumo deleite el desprecio de los deleites. Y si tuvieres gusto de esparcirte más, podrás con entera y libre potestad extender este pensamiento á diferentes haces; porque ¿cuál cosa nos puede impedir el llamar dichoso, libre, levantado, intrépido y firme al ánimo que está exento de temor y deseos, teniendo por sumo bien á la virtud y por solo mal á la culpa? Todo lo demas es una vil canalla, que ni quita ni añade á la vida bienaventurada, yendo y viniendo sin causar al sumo bien aumento ni disminucion. Forzoso es que al que está tan bien fundado (quiera ó no quiera) se le siga una continua alegría y un supremo gozo, venido de lo alto, porque vive contento con sus bienes, sin codiciar cosa fuera de sí. ¿Por qué, pues, no ha de poner en balanza estas cosas con los pequeños, frívolos y poco perseverantes movimientos del cuerpo, siendo cierto que el mismo dia que se hallare en deleite, se hallará en dolores?

CAPÍTULO V.

¿No echás de ver en cuán mala y perniciosa esclavitud servirá aquel á quien alternadamente poseyeren ó ya los deleites ó ya los dolores, dueños inciertos y de flacas fuerzas? Conviene, pues, buscar la libertad, y ninguna otra cosa la da sino el desprecio de la fortuna, de que nace un inestimable bien, que es la quietud del ánimo, colocado en lugar seguro, y una sublimidad y un gozo inmóvil, que tiene su origen de conocer la quietud y latitud del ánimo, de quien recibe deleites, no como bienes, sino como nacidos de su bien. Y porque he comenzado á mostrarme liberal, digo que tambien puede llamarse bienaventurado aquel que por beneficio de la razon ha llegado á no desear y á no temer; pues aunque las piedras y los animales carecen de temor y tristeza, nadie los llamó dichosos, faltándoles el conocimiento de la dicha. En el mismo número puedes contar y poner aquellos hombres á quien su ruda naturaleza y el no tener conocimiento de sí los ha reducido al estado de los brutos, sin que haya diferencia de los unos á los otros, pues si aquellos carecen de razon, estos otros la tienen mala, siendo sólo diligentes

para su propio daño. Y ninguno que estuviere apartado de la verdad se podrá llamar bienaventurado, y sólo lo será el que tuviere la vida estable y firme y en juicio cierto y recto, porque el ánimo estará entonces limpio y libre de todos males, cuando no sólo se apartare de las heridas, sino también de las escaramuzas, esperando á pié quedo á defender el puesto que se le encargó, aunque se le muestre airada y contraria la suerte. Porque aunque el deleite se extienda por todas partes, y por todas las vías influya y con halagos ablande el ánimo y saque de unas caricias y otras, con que solicite todos nuestros sentidos, ¿cuál de los mortales, en quien se halle rastro de hombre, habrá quien quiera que el deleite esté de día y de noche haciéndole cosquillas, para que desamparando el ánimo, venga á servir á las comodidades del cuerpo?

CAPÍTULO VI.

Dirámé alguno que también el ánimo ha de tener sus deleites. Téngalos en buen hora, y siéntese á ser juez árbitro de la lujuria y los demás pasatiempos, y llénese de todo aquello que suele deleitar los sentidos; ponga después los ojos en las cosas pasadas, y acordándose de los antiguos entretenimientos, alégrese de ellos, acérquese á los futuros, disponga sus esperanzas, y mientras su cuerpo está enviciado en la golosina presente, ponga los pensamientos en lo que espera, que con sólo esto lo juzgo por el más desdichado, siendo frenesí abrazar los males en lugar de los bienes. Ninguno sin salud es bien afortunado, y no la tiene el que en vez de lo saludable apetece lo dañoso. Será, pues, bienaventurado el que en su juicio recto y el que se contentare con lo que posee, teniendo amistad con su estado, y aquel á quien la razón guiare en sus acciones. Advierte en cuán torpe lugar pusieron el sumo bien los que dijeron lo era el deleite; y con todo eso, niegan el poderlo apartar de la virtud, y dicen que ninguno que viva bien puede dejar de vivir con alegría; que el que vive en alegría, vive juntamente con bien. Yo no veo cómo se puedan unir cosas tan diversas. Decidme, ¿en qué fundáis que no puede separarse la virtud del deleite? ¿Es, por ventura, porque todo principio de bien nace de la virtud? Pues también de sus raíces nacen las cosas que vosotros amais y apeteceis, y si no fuesen distintas, no veríamos que algunas son deleitables, y no buenas, y otras que, siendo buenas, se han de buscar por asperezas y dolores.

CAPÍTULO VII.

Añade también que el deleite alcanza á la más torpe vida, y la virtud no admite esta compañía, y que hay algunos que teniendo deleites son infelices, y antes de tenerlos les nace el serlo, lo cual nos sucedería si el deleite se mezclase con la virtud, careciendo ella muchas veces de él, sin jamás necesitar de su compañía. ¿Para qué, pues, haces unión de lo que no sólo no es semejante, antes es diverso? La virtud es una cosa alta, excelsa, real é infatigable; el deleite es abatido, servil, débil y caduco, cuya morada son los bur-

deles y bodegones. A la virtud siempre hallarás en el templo, en los consejos, y en los ejércitos defendiendo las murallas, llena de polvo, encendida y con las manos llenas de callos. Hallarás al deleite escondiéndose y buscando las tinieblas, ya en los baños, ya en las estufas, y en los lugares donde se recela la venida del juez. Hallarásle flaco, débil y sin fuerzas, humedecido en vino y en ungüentos, descolorido, afeitado y asqueroso con medicamentos. El sumo bien es inmortal, no sabe irse si no le echan; no causa fastidio ni arrepentimiento, porque el ánimo recto jamás se altera, ni se aborrece, ni se muda, porque sigue siempre lo mejor. El deleite, cuando está dando más gusto, entonces se acaba, y como tiene poca capacidad, hínchese presto y causa fastidio, marchitándose al primer ímpetu, sin que se pueda tener seguridad de lo que está en continuo movimiento. Y así, no puede tener subsistencia lo que con tanta celeridad viene y pasa, para acabarse con el uso, terminándose donde llega, y caminando á la declinación cuando comienza.

CAPÍTULO VIII.

Pues ¿qué diremos si en los buenos y en los malos hay deleite, y no alegra menos á los torpes la culpa que á los buenos la virtud? Y por esta causa nos aconsejaron los antiguos que siguiésemos la vida virtuosa, y no la deleitable; de tal modo, que el deleite no sea la guía, sino un compañero de la ajustada voluntad. La naturaleza nos ha de guiar; á ésta obedece la razón, y con ella se aconseja, según lo cual, es lo mismo vivir bien que vivir conforme á los preceptos de la naturaleza. Yo declararé cómo ha de ser esto: si miráremos con recato y sin temor los dotes del cuerpo y las cosas ajustadas á la naturaleza, juzgándolos como bienes transitorios y dados para sólo un día, y si no entráremos á ser sus esclavos, ni tuviésemos posesión de nosotros; si los que son deleitables al cuerpo, y los que vienen de paso, los pusiéremos en el lugar en que suelen ponerse en los ejércitos los socorros y la caballería ligera. Estos bienes sirvan, y no imperen; que con esto serán útiles al ánimo. Sea el varón incorrupto, y sin dejarse vencer de las cosas externas, sea estimador de sí mismo. Sea artífice de su vida, disponiéndose á la buena y mala fortuna; no sea su confianza sin sabiduría, y sin constancia perseverare en lo que una vez eligiere, sin que haya cosa que se borre en sus determinaciones. También se debe entender, aunque yo no lo diga, que este varón ha de ser compuesto, concertado, magnífico y cortés; ha de tener una verdadera razón asentada en los sentidos, tomando de ella los principios, porque no hay otros en que estribar, ni donde se tome la carrera para llegar á la verdad y volver sobre sí. Porque también el mundo, que lo comprende todo, y Dios, que es el gobernador del universo, camina y vuelve á las cosas exteriores. Haga nuestro ánimo lo mismo, y cuando habiendo seguido sus sentidos hubiere pasado á las cosas externas, tenga autoridad en ellas y en sí, y (para decirlo en este modo) eche prisiones al sumo bien; que de esta suerte se hará una fortaleza y una potestad concorde, de la cual nacerá una razón fija, no

desconfiada, ni dudosa en las opiniones ni en las doctrinas ni en la persuasión de sí mismo; y cuando ésta se dispone y se ajusta en sí, y (por decirlo en una palabra) cuando hiciere consonancia, habrá llegado á conseguir el sumo bien, porque entonces no le queda cosa mala ni repentina, ni en que encuentre ó con que vacile. Hará todas las cosas por su imperio, y ninguna impensadamente; lo que hiciere le saldrá bien con facilidad y sin repugnancia; porque la pereza y la duda dan indicios de pelea y de inconstancia. Por lo cual, con osadía has de defender que el sumo bien es una concordia del ánimo, y que las virtudes están donde hubiere conformidad y unidad, y que los vicios andan siempre en continua discordia.

CAPÍTULO IX.

Dirámé que no por otra razón reverencio la virtud, sino porque de ella espero algún deleite. Lo primero, digo que aunque la virtud da deleite, no es esa la causa por que se busca; que no trabaja para darle, si bien su trabajo, aunque mira á otros fines, da también deleite, sucediendo lo que á los campos, que estando arados para las mieses, dan también algunas flores, y aunque éstas deleitan la vista, no se puso para ellas el trabajo; que otro fué el intento del labrador, y sobrevínole éste. De la misma manera el deleite no es paga ni causa de la virtud, sino una añadidura, y no agrada porque deleita, sino deleita porque agrada. El sumo bien consiste en el juicio y en el hábito de la buena intención, que en llenando el pecho y en ciñéndose en sus términos, viene á estar en perfección sin desear otra cosa alguna; porque, como no hay cosa que esté fuera del fin, tampoco la hay fuera del todo; y así, yerras cuando preguntas qué cosa es aquella por quien busco la virtud, que eso sería buscar algo sobre lo supremo. Pregúntame qué pido á la virtud? Pido la misma virtud, porque ella no tiene otra cosa que sea mejor, y es la paga de sí misma. Dirámé: ¿pues esto poco es cosa tan grande? ¿No te he dicho que el sumo bien es un vigor inquebrantable del ánimo, que es una providencia, una altura, una salud, una libertad, una concordia y un decóro? ¿Cómo, pues, quieres haya otra cosa mayor á quien éstas se refieran? ¿Por qué me nombras el deleite? que yo busco el bien del hombre, no el del vientre, pues éste le tienen mayor los ganados y las bestias.

CAPÍTULO X.

Disimulas (dice) lo que yo digo, porque niego que pueda vivir alguno con alegría si no vive juntamente con virtud; y esto no puede suceder á los animales mudos, que miden su felicidad con la comida. Clara y abiertamente testifico que esta vida que llamo alegre no puede conseguirse sin juntarle la virtud. Tras esto, ¿quién ignora que de esos vuestros deleites estén llenos los ignorantes, y que abunda la maldad en muchas cosas alegres, y que el mismo, ánimo no sólo nos pone sugestión en malos generos de deleites, sino en la muchedumbre de ellos? Cuanto á lo primero, nos pone la insolencia y la demasiada estimación propia, la hinchazón, que

nos levanta sobre los demás; el amor impróbido y ciego á nuestras cosas, las riquezas transitorias, la alegría nacida de pequeñas y pueriles causas, la dicacidad y locuacidad, la soberanía, que con ajenos vituperios se alegra; la pereza y flojedad de ánimo, dormido siempre para sí. Todas estas cosas destierra la virtud y amonestan los oídos, y antes de admitir los deleites, los examina, y aún de los que admite hace poca estimación, alegrándose, no con el uso, sino con la templanza de ellos. Luego si ésta disminuye los deleites, vendrá á ser injuria del sumo bien. Tú abrazas el deleite, yo le enfreno; tú le disfrutas, yo le gozo; tú le tienes por sumo bien, yo ni aún le juzgo por bien; tú haces todas las cosas en orden al deleite, yo ninguna. Y cuando digo que no hago cosa alguna en orden al deleite, hablo en persona de aquel sabio á quien sólo concedes el deleite.

CAPÍTULO XI.

Y no llamo sabio á aquel sobre quien tiene imperio cualquier cosa, cuanto más si le tiene el deleite, porque el poseído de él ¿cómo podrá resistir al trabajo, al peligro, á la pobreza y á tantas amenazas que alborotan la vida humana? ¿Cómo sufrirá la presencia de la muerte, cómo la del dolor, cómo los estruendos del mundo, y cómo resistirá á los ásperos enemigos, si se deja vencer de tan flaco contrario. Éste hará todo lo que le aconsejare el deleite. Atiende, pues, y verás cuántas cosas le aconseja. Dirámé que no le podrá persuadir cosa torpe, por estar unido á la virtud. ¿No tornas á echar de ver las calidades del sumo bien, y las guardas de que necesita para serlo? ¿Cómo podrá la virtud gobernar al deleite si le sigue, pues el seguir es acción del que obedece, y gobernar del que impera? A las espaldas pones al que manda? Gentil oficio dais á la virtud, haciendo que sea repartidora de deleites. Con todo eso, hemos de averiguar si en éstos que tratan tan afrentosamente á la virtud, hay alguna virtud, la cual no podrá conservar su nombre si se rindió. Mientras hablamos de esta materia, podré mostrarte muchos que han estado sitiados de sus deleites, por haber derramado en ellos la fortuna sus dádivas, siendo forzoso me confieses fueron malos. Pon los ojos en Nomentano y Numicio, que andaban (como éstos dicen) buscando los bienes del mar y de la tierra, reconociéndose en sus mesas animales de todas las provincias del orbe; míralos que desde sus lechos están atendiendo á sus glotonerías, deleitando los oídos con músicas, los ojos con espectáculos y el paladar con guisados. Pues advierte que todo su cuerpo está desafiado de blandos y muelles fomentos, y porque las narices no estén holgando, se inficiona con varios hedores aquel lugar donde se hacen las exequias á la lujuria. Podrás decirme de éstos que viven en deleites, pero no que lo pasan bien, pues no gozan de bien.

CAPÍTULO XII.

Dirás que les irá mal porque intervienen muchas cosas que les perturban el ánimo, y las opiniones entre sí encontradas les inquietan la mente. Confieso que esto

es así; mas con todo eso, siendo ignorantes y desiguales y sujetos á los golpes del arrepentimiento, reciben grandes deleites; de suerte que es forzoso confesar, están tan lejos del disgusto cuanto del buen ánimo, sucediéndoles lo que á muchos, que pasan una alegre locura y con risa se hacen frenéticos. Pero al contrario, los entretenimientos de los sabios son detenidos y modestos, y como encarcelados y casi incomprendibles, porque ni son llamados, ni cuando ellos se vienen son tenidos en estimacion, ni son recibidos con alegría de los que los gozan, porque los mezclan é intrometen en la vida como juego y entretenimiento en las cosas graves. Dejen, pues, de unir lo que entre sí no tiene conveniencia, y de mezclar con la virtud el deleite; que eso es lisonjear con todo género de males al vicio, con lo cual el distraído en deleites y el siempre vago y embriagado, viendo que vive con ellos, piensa que asimismo vive con virtud, por haber oido que no puede estar separado de ella el deleite, y con esto intitula á sus vicios con nombre de sabiduría, sacando á luz lo que debiera estar escondido; con lo cual frecuente sus vicios, no impelido de la doctrina de Epicuro, sino porque, entregado á sus culpas, las quiere esconder en el seno de la filosofía, concurriendo á la parte donde oye alabar los deleites. Y tengo por cierto que no hacen estimacion del deleite de Epicuro (así lo entiendo) por ser seco y templado, sino que solamente se acogen á su amparo y buscan su patrocinio, con lo cual pierden un solo bien que tenían en sus culpas, que era la vergüenza, y así alaban aquello de que solían avergonzarse, y gloríanse del pecado, sin que á la juventud le queden fuerzas para levantarse, desde que á la torpe ociosidad se le arrojó un honroso nombre.

CAPÍTULO XIII.

Por esta razón es dañosísima la alabanza del deleite, porque los preceptos saludables están encerrados en lo interior, y lo aparente es lo que daña. Mi opinion es (diréla aunque sea contra el gusto de nuestros populares), que lo que enseñó Epicuro son cosas santas y rectas, y áun tristes si te acercas más á ellas, porque aquel deleite se reduce á pequeño y débil espacio, y la ley que nosotros ponemos á la virtud, la puso él al deleite, porque le manda que obedezca á la naturaleza, para la cual es suficiente lo que para el vicio es poco. Pues en qué consiste esto? En que aquel (séase quien se fuere) que llama felicidad al abatido ocio, y al pasar de la gula á la lujuria, busca buen autor á cosa que es de suyo mala, y mientras se halla inducido de la blandura del nombre, sigue el deleite; pero no es el que oye, sino el que él trae, y como comienza á juzgar que sus vicios son conformes con las leyes, entrégase á ellos, no ya tímida ni paliadamente, sino en público y sin velo, y dase á la lujuria sin cubrirse la cabeza. Así que, yo no digo lo que muchos de los nuestros, que la secta de Epicuro es maestra de vicios, ántes afirmo que está desacreditada é infamada sin razon, y esto nadie lo puede saber sin ser admitido á lo interior de ella. El frontispicio da motivo á la mentira y convida á esperanzas malas. Esto es como ver un varon fuerte en traje de mu-

jer; mientras te durare la vergüenza, estará segura la virtud, y para ninguna deshonestidad estará desocupado tu cuerpo; en tus manos está el pandero. Eljase, pues, un honesto título y una inscripcion que levante el ánimo á repeler aquellos vicios, que al instante que vienen le enervan las fuerzas. Cualquiera que se llega á la virtud da esperanzas de generosa inclinacion, y el que sigue el deleite descubre ser flaco y que degenera, y que ha de parar en cosas torpes si no hubiere quien le distinga los deleites, para que conozca cuáles son los que le han de tener dentro del natural deseo, y cuáles los que le han de despeñar; que siendo éstos infinitos, cuanto más se llenan, están más incapaces de llenarse. Ea, pues, vaya la virtud delante, y serán seguros todos los pasos. El deleite, si es grande, daña; pero en la virtud no hay que temer la demasía; porque en ella misma se encierra el modo, porque no es bueno aquello que con su propia grandeza padece.

CAPÍTULO XIV.

Verdaderamente os ha caido en suerte una naturaleza adornada de razon; y así, ¿qué cosa se os puede proponer mejor que ella? Si os agrada el deleite, sea añadidura de la virtud; y si teneis inclinacion de ir con acompañamiento á la vida feliz, vaya delante la virtud, vaya detras de ella el deleite, y siga como la sombra al cuerpo. Hubo algunos, que siendo la virtud cosa tan excelente, la entregaron por esclava al deleite. Al ánimo capaz no hay cosa que sea grande; sea la virtud la primera, lleve el estandarte, y con todo eso, tendrémos deleite, si siendo dueños de él le templáremos. Algo habrá que nos incite, pero nada que nos compela, y al contrario, los que dieron el primer lugar al deleite carecieron de entrambas cosas, porque pierden la virtud y no consiguen el deleite, ántes ellos son poseidos de él; con cuya falta se atormentan y con cuya abundancia se ahogan; siendo desdichados si no lo tienen, y más desdichados si los atropella; sucediéndoles lo que á los que se hallan en el mar de los Sirtes, que unas veces se ven en la arena seca, y otras fluctuando con la corriente de las ondas; y esto les acontece, ó por demasiada destemplanza ó por ciego amor de las cosas. Que al que en lugar de lo bueno codicia lo malo, el conseguirlo le viene á ser peligroso, como cuando cazamos las fieras con peligro y trabajo, y despues de cogidas, nos es cuidadosa su posesion, y tal vez despedazan al que las cazó. Así los que gozan de grandes deleites vienen á parar en grandes males, que siendo poseidos, se apoderan del poseedor, y cuanto son ellos mayores, es menor el que los goza; con que viene á ser esclavo aquel á quien el vulgo llama feliz. Quiero proseguir en esta comparacion, diciendo que al modo que el cazador anda buscando las cuevas de las fieras, haciendo grande aprecio de cogerlas en los lazos, cercando con perros los espesos bosques para hallar sus huellas, y para esto falta á cosas mas importantes y desampara sus más legítimas ocupaciones; así el que sigue los deleites lo pospone todo y desprecia su primera libertad, trocándola por el gusto del vientre; y este tal no compra los deleites, ántes él mismo es el que se vende á ellos.

CAPÍTULO XV.

Diráme alguno, ¿qué cosa prohíbe que no puedan unirse la virtud y el deleite, y hacer un sumo bien, de modo que una misma cosa sea honesta y deleitable? Porque la parte de lo honesto no puede dejar de ser juntamente deleitable, ni el sumo bien puede gozar de su sinceridad, si viere en sí cosa disimil de lo mejor, y el gozo que se origina de la virtud, aunque es bueno, no es parte de bien absoluto, como no lo son la alegría y la tranquilidad, aunque nazcan de hermosísimas causas; porque éstos son bienes que siguen al sumo bien, pero no le perfeccionan. Y así, el que injustamente hace union del deleite y la virtud con la fragilidad de un bien, debilita el vigor del otro, y pone en servidumbre la libertad, que fuera invencible si no juzgáramos otra cosa más preciosa; porque con esto viene á necesitar de la fortuna, que es la mayor esclavitud, y luego se le sigue una vida congajosa, sospechosa, cobarde, temerosa y pendiente de cada instante de tiempo. Tú, que haces esto, no das á la virtud fundamento inmóvil y sólido, ántes quieres que esté en lugar mudable; porque ¿qué cosa hay tan inconstante como la esperanza de lo fortuito y la variedad de las cosas que aficionan al cuerpo? ¿Cómo podrá éste obedecer á Dios y recibir con buen ánimo cualquiera suceso, sin quejarse de los hados? ¿Y cómo será benigno intérprete de los acontecimientos, si con cualesquier picaduras de los deleites se altera? ¿Cómo podrá ser buen amparador y defensor de su patria y de sus amigos, el que se inclina á los deleites? Póngase, pues, el sumo bien en lugar donde con ninguna fuerza pueda ser derribado, y donde no tengan entrada el dolor, la esperanza, el temor, ni otra alguna cosa que deteriore su derecho; porque á tan grande altura sola puede subir la virtud, y con sus pasos se ha de vencer esta cuesta; ella es la que estará fuerte y sufrirá cualesquier sucesos, no sólo admitiéndolos, sino deseándolos; conociendo que todas las dificultades de los tiempos son ley de la naturaleza, y como buen soldado, sufrirá las heridas, contará las cicatrices, y atravesado con las picas, amará, muriendo, al emperador, por cuya causa muere, teniendo en el ánimo aquel antiguo precepto, *amar á Dios*. Pero el que se queja, llora y gime, y hace forzado lo que se le manda, viene compelido á la obediencia; pues ¿qué locura es querer más ser arrastrado que seguir con voluntad? Tal, por cierto, como sería ignorancia de tu propio ser el dolerte y lamentarte de que te sucedió algun caso acerbo, ó admirarte igualmente, ó indignarte de aquellas cosas que suceden así á los buenos como á los malos, cuales son las enfermedades, las muertes y los demas accidentes que acometen de través á la vida humana. Todo lo que por ley universal se debe sufrir, se ha de recibir con gallardía de ánimo; pues el asentarnos á esta milicia, fué para sufrir todo lo mortal, sin que nos turbe aquello que el evitarlo no pende de nuestra voluntad. En reino nacimos, y el obedecer á Dios es libertad.

CAPÍTULO XVI.

Consiste, pues, la verdadera felicidad en la virtud; y qué te aconsejará ésta? Que no juzgues por bien ó

por mal lo que te sucediere sin virtud ó sin culpa, y que despues de esto, seas inmóvil del bien para el mal, y que en todo lo posible imites á Dios. Y por esta pelea, ¿qué se te promete? Cosas grandes, iguales á las divinas: á nada serás forzado, de ninguna cosa tendrás necesidad; serás libre, seguro y sin ofensa; ninguna cosa intentará en vano; en ninguna hallarás estorbo; todo saldrá conforme á tus deseos; no te sucederá cosa adversa, y ninguna contra tu opinion ó contra tu voluntad. Pues qué diremos? ¿Es por ventura la virtud perfecta y divina suficiente para vivir dichosamente? Pues ¿por qué no lo ha de ser? Ántes es superabundante, porque ninguna cosa le hace falta al que vive apartado de los deseos de ellas, porque ¿de qué puede necesitar aquel que lo juntó todo en sí? Mas, con todo eso, el que camina á la virtud, aunque se haya adelantado mucho, necesita de algun halago de la fortuna mientras lucha con las cosas humanas y mientras se desata el lazo de la mortalidad. Pues en qué está la diferencia? En que los unos están asidos, presos y amarrados, y el que se encaminó á lo superior, levantándose más alto, trae la cadena más larga, y aunque no está de todo punto libre, pasa la plaza de libre.

CAPÍTULO XVII.

Así que, si alguno de estos que *agavillados* ladran á la filosofía, me dijere lo que suelen: «¿Por qué hablas con mayor fortaleza de la que vives? ¿Por qué humillas tus palabras al superior? ¿Por qué juzgas por instrumento necesario el dinero? ¿Por qué te alteras con el daño? ¿Por qué lloras con las nuevas de la muerte de tu mujer ó tu amigo? ¿Por qué cuidas tanto de tu fama? ¿Por qué te alteran las malas palabras? ¿Por qué tienes jardines con mayor adorno del que pide el natural uso? ¿Por qué no comes con las leyes que das? ¿Por qué tienes tan lucidas alhajas? ¿Por qué bebes vino de más años que los que tú tienes? ¿Por qué labras casas? ¿Por qué plantas arboledas para sólo hacer sombra? ¿Para qué trae tu mujer en sus orejas la hacienda de una casa rica? ¿Por qué das á tus criados tan costosas libreas? ¿Por qué has introducido que en tu casa sea ciencia el servir, haciendo que los aparadores se dispongan, no a caso, sino con arte? ¿Para qué tienes maestro de trinchar las aves?» Añade, si te parece: «¿Para qué tienes hacienda en la otra parte del mar? ¿Para qué posees más de lo que conoces? ¿Por qué eres tan torpe ó tan descuidado, que no tienes noticia de tus pocos criados, ó vives tan desconcertadamente, que por tener tantos, no es suficiente tu memoria á conocerlos?» Yo ayudaré y esforzaré despues estos baldones que me das, y me haré otros muchos cargos más de los que tú me pones; pero por ahora te respondo, no como sabio, sino para dar pasto á tu mala voluntad, y no lo yerro: «Lo que de presente me pido á mí, no es el ser igual á los mejores, sino el ser mejor que los malos. Bástame el ir cercenando cada día alguna parte de mis vicios y castigando mis culpas. No he llegado hasta ahora á la salud, ni llegaré tan presto; busco para la gota, ya que no remedios, á lo ménos fomentos que la disminuyan, contentándome con que

venga ménos veces y que me amenace ménos fiera; y así, comparado con la ligereza de vuestros piés, soy débil corredor.»

CAPÍTULO XVIII.

«No digo esto por mí, que me hallo en el golfo de todos los vicios, sino por el que tiene algo de bueno.» Dirásme que hablo de una manera, y vivo de otra. Esto mismo fué objetado por malísimas cabezas, y enemigas de los buenos, á Platon, á Epicuro y á Cenon, porque todos éstos hablaron, no como vivieron, sino como debieran vivir. «Yo no hablo de mí, sino de la virtud, y cuando digo injurias á los vicios, las digo en primer lugar á los míos. Cuando pudiere, viviré como convenga, y no me apartaré de lo bueno esta malignidad teñida con mucho veneno, ni la ponzoña (que derramais en otros, con que os matais á vosotros mismos) me impedirá el perseverar en alabar la vida (no la que tengo, sino la que conozco debo tener), ni me hará dejar de adorar la virtud, ni de seguirla, aunque tras ella vaya arrastrando largo trecho. ¿He de esperar, por ventura, á que haya alguna cosa sin mezcla de malevolencia, de la cual no fueron reservados ni Rutilio ni Caton? ¿A quién no tendrán por demasiado rico los que tienen por poco pobre á Demetrio Cínico? » ¡Oh varon fuerte y guerrador contra todos los deseos de la naturaleza, y por esto más pobre que todos los Cínicos! Porque con haberse prohibido el poseer, se prohibió el pedir. Niegan que fué harto pobre, porque, como ves, no profesó la ciencia de la virtud, sino solamente la pobreza.

CAPÍTULO XIX.

Niegan que Diodoro, filósofo epicúreo (que en breves días puso en su propia mano fin á su vida), hizo por doctrina de Epicuro el cortarse la garganta. Unos afirman que aquella acción fué locura, otros que temeridad; y él, entre estas opiniones, dichoso y lleno de buena conciencia, se dió á sí mismo testimonio de la vida pasada y de su loable edad, puesta ya en el puerto y echadas las áncoras, y entonces dijo lo que vosotros oís contra vuestra voluntad: «Viví, y pasé la carrera que me dió la fortuna.» Disputais vosotros de la vida de uno y de la muerte de otro, y como gozques cuando ven hombres conocidos, ladráis á la fama de algunos varones señalados por excelentes alabanzas, porque os conviene que nadie parezca bueno, como si la ajena virtud fuese baldon de vuestros vicios. Comparais, envidiosos, las cosas limpias con vuestras suciedades, sin atender con cuánto daño vuestro os atreveis. Porque, si decís que aquellos que siguen la virtud son avarientos, deshonestos y ambiciosos, ¿qué sois vosotros, que aborreceis el mismo nombre de la virtud? ¿Negais haber quien ejecute lo que dice, y que no viven al modelo de lo que hablan? ¿De qué os maravillais, si dicen cosas valientes, grandes y exentas de las humanas tormentas, procurando desasirse de las cruces en que vosotros mismos habeis fijado vuestros clavos? y cuando son llevados á la muerte, pende cada uno de sola una cruz; pero aquellos que se maltratan á sí mismos están en tantas, cuantos de-

seos tienen; y siendo mordaces, se muestran donairesos en afrenta ajena. Diérais yo crédito, á no ver que algunos de ellos, puestos en el suplicio, escupieron á los que los miraban.

CAPÍTULO XX.

No cumplen los filósofos lo que dicen; pero, con todo eso, importa mucho lo que dicen y lo que con sana intencion conciben, porque si con los dichos igualaran los hechos, qué cosa pudiera haber para ellos más feliz? Miétras llegan á esto, no es justo desprecies sus buenos consejos ni sus entrañas, llenas de buenos pensamientos; que el tratar de estudios saludables, premio merece, aunque no llegue á conseguirse el efecto. ¿De qué te maravillas, si no llegan á la cumbre los que emprendieron cosas arduas? Considera que aunque caigan, son, con todo, varones que, no mirando á las propias fuerzas, sino á las de la naturaleza, intentan acciones grandes, emprenden cosas altas, concibiendo en el ánimo empresas mayores de las que pueden hacer aún los que se hallan dotados de espíritu gallardo. ¿Qué persona hay que se haya propuesto á sí las razones siguientes? «Yo con el mismo rostro con que condenaré á otros á muerte, oiré la mia. Yo, fortificando el cuerpo con el ánimo, obedeceré á los trabajos, por grandes que sean. Yo con igualdad despreciaré las riquezas presentes como las ausentes; no me entristeceré de verlas en otro, ni me desvanecerá poseerlas. Yo no haré caso de que venga ó se ausente la fortuna; miraré todas las tierras como si fueran mias, y las mias como si fuesen de todos. Y finalmente, viviré como quien sabe que nació para los otros, y por esta razon daré gracias á la naturaleza, que con ningun otro medio pudo hacer mejor mi negocio, pues siendo yo uno solo, me hizo de todos, y con eso hizo que todos fuesen para mí. Todo lo que yo tuviere, ni lo guardaré con escasez, ni lo derramaré con prodigalidad, y juzgaré que ninguna cosa poseo mejor que lo que doy bien. No ponderaré los beneficios por el número ó peso, ni por otra alguna estimacion más que por la que tengo del que los recibe, y nunca juzgaré hay demasia en lo que se da al benemérito. No haré cosa alguna por la opinion; harélas todas por la conciencia. Creeré que lo que hago, viéndolo yo, lo hago siendo de ello testigo todo el pueblo. El fin de mi comida y bebida será sólo para cumplir la necesidad de la naturaleza, y no para henchir y vaciar el estómago. Seré agradable á mis amigos, suave y fácil á mis enemigos. Dejaréme vencer antes de ser rogado, saldré al encuentro á las justificadas intercesiones. Sabré que todo el mundo es mi patria, y que los dioses presiden sobre mí, y que asisten cerca de mí para ser jueces de mis hechos y dichos; y cada y cuando que la naturaleza volviere á pedirme la vida ó la razon, la soltaré; saldré de ella, protestando que amé la buena conciencia y las buenas ocupaciones, y que á nadie disminuí su libertad, y ninguno disminuyó la mia.»

CAPÍTULO XXI.

El que propusiere, intentáre y quisiere hacer esto, hará su camino á los dioses; y si no llegáre á conseguirlo, caerá por lo ménos de intentos grandes. Pero vosotros,

que aborreceis la virtud y á los que la veneran, no haceis cosa nueva, porque los ojos enfermos siempre temen al sol, y los animales nocturnos huyen del dia claro, y entorpeciéndose con su salida, se van á encerrar en sus escondrijos, metiéndose en las aberturas de las peñas, temerosos de la luz. Gemid, ejercitad vuestra infeliz lengua en injurias de los buenos; instad y morded, que antes os romperéis los dientes que hagais presa en ellos. Decis: «¿Por qué siendo aquel amator de la filosofia, pasa la vida tan rico? ¿Por qué nos enseña que se han de despreciar las riquezas, y las retiene, que se ha de desestimar la vida, y la conserva, que no se ha de amar la salud, y la procura con tanto cuidado, deseando la más robusta? ¿Por qué, diciendo que el destierro es un vano nombre, y que el mudar provincias no tiene cosa que sea mala, se envejece en la patria? ¿Por qué cuando juzga que no hay diferencia de la edad larga á la corta, procura (si no hay quien se lo impida) alargar la suya, viviendo contento con vejez larga?» Respóndos que estas cosas se han de despreciar, no para no tenerlas, sino para que el tenerlas no sea con solicitud. No las desechará de sí, antes cuando se le fueren las seguirá seguro. Porque, ¿en quién podrá depositar mejor la fortuna sus riquezas que en aquel que, cuando se las pidiere, se las volverá sin quejas? Cuando alababa Marco Caton á Curio y á Corruccano, y el siglo en que se juzgaba por crimen concierne al censor el tener algunas pocas medallas de plata, poseia él cuatrocientos sextercios; ménos era sin duda de los que tenia Creso, pero muchos más de los que tuvo Caton censor. Y si se hace comparacion, se hallará que Marco Caton se aventajó en más cantidad á la que tuvo su abuelo, que en la que se aventajó á él Creso. Y si hubiera conseguido mayores riquezas, no las hubiera deseado; porque el sabio no se juzga indigno de cualesquier dádivas de la fortuna, y aunque admite las riquezas, no pone en ellas su amor, y no les da alojamiento en el ánimo, aunque se lo da en su casa, y despues de poseidas, si bien las desprecia, no las desecha, antes las guarda, holgándose tener mayor materia para su virtud.

CAPÍTULO XXII.

¿Qué duda puede haber de que el varon sabio tendrá más ocasiones para mostrar su ánimo en las riquezas que en la pobreza? Porque en esta hay un solo género de virtud, que es no batirse ni rendirse. Pero las riquezas tienen un ancho campo en que poder espaciarse: en la templanza, en la liberalidad, en la diligencia, en la disposicion y en la magnificencia. El sabio, aunque sea de pequeña estatura, no hará desprecio de sí; pero, con todo eso, se holgará ser de gallardo talle, y cuando sea flaco de cuerpo y tuerto de un ojo, se tendrá por sano; pero no obstante esto, deseará tener mayor robustez. Y este deseo será con tal templanza, que aunque sabe que puede haber mayor salud, sufrirá la mala disposicion, codiciando la buena. Porque aunque hay algunas cosas que añaden poco á las sumas, y se pueden quitar sin daño del sumo bien, con todo eso, aumentan algo al perpétuo contento, que nace de la virtud. Aficionan y alegran las riquezas al sabio, al modo que al navegante el quieto y

próspero viento, y el buen dia, y el lugar abrigado para las lluvias y frio. ¿Cuál de los sabios (de los nuestros hablo, para los cuales la virtud sola es el sumo bien) negará que estas cosas, que llamamos indiferentes, tienen en sí algo de estimacion, y que unas son mejores que otras? A unas de ellas se atribuye alguna parte de honor, á otras mucha. No yerres en esto, advirtiendo que las riquezas se reputan entre las cosas mejores. Dirásme: «¿Por qué, pues, te burlas de mí, si ellas tienen cerca de tí el mismo lugar que conmigo?» ¿Quieres que te desengañe de que no tienen el mismo lugar? Si á mí se me escaparen las riquezas, no me llevarán más que á sí mismas; pero si se te huyeren á tí, quedarás atónito, y juzgarás que has quedado sin tí. En mí llegarán á tener alguna estimacion, pero en tí la suprema; y finalmente, las riquezas serán mias, pero tú serás de las riquezas.

CAPÍTULO XXIII.

Deja, pues, de prohibir á los filósofos las riquezas, que nadie condenó á la sabiduría á que fuese pobre. Podrá el filósofo tener grandes riquezas; pero serán no quitadas á otros ni manchadas con sangre ajena; tendrás, y serán adquiridas sin injuria de otros y sin ganancias tuyas, y en él será igualmente buena la salida, como lo fué la entrada. Ninguno, sino el envidioso, gemirá por ellas; y por más que las exageres de que son grandes, has de confesar que son buenas; pues habiendo en ellas muchas cosas que todos deseáran fueran tuyas, no se hallará alguna de que se pueda decir que lo es. El sabio no apartará de sí la benignidad de la fortuna, y no se desvanecerá ni se avergonzará con el patrimonio adquirido por medios lícitos, antes tendrá de qué gloriarse si, haciendo patente su casa, y dando lugar á que en ella éntre toda la ciudad, pudiere pregonar que cada uno lleve lo que conociere ser suyo. ¡Oh varon grande, justamente rico, si conformaren las obras con el pregon, y si despues de haberlo pregonado, le quedaren todos los bienes que antes tenía! Quiero decir, si con toda seguridad, habiendo admitido al pueblo al escrutinio de sus riquezas, no tuviere quien halle en su casa cosa de que poder echar mano. Este tal con osadía y publicidad podrá ser rico; y como el sabio no ha de permitir éntre por los umbrales de su casa un maravedí adquirido por malos medios, así tampoco repudiará ni desechará las grandes riquezas que fueren dádiva de la fortuna y fruto de la virtud. ¿Qué razon hay para que él mismo envidie el verlas colocadas en buen lugar? Vengan, pues, y sean admitidas; que ni hará jactancia de ellas, ni las esconderá; que lo primero es de ánimo ignorante, y lo otro de tímido y corto, como el del que tiene encerrado en el seno un gran tesoro. No conviene, pues, echarlos de su casa. Porque para hacerlo, qué les ha de decir? Diráles por ventura: «Idos porque sois inútiles, ó porque me falta capacidad para usar de vosotros?» Succederále lo que al que teniendo fuerzas para hacer su viaje á pié, holgaría más de hacerle en un coche. Así el sabio, si pudiere ser rico, holgará de serlo; pero tendrá á las riquezas como bienes ligeros y que con facilidad se vuelan, y no consentirá que para sí ni para otros sean pesadas. Qué dará? ¿Alargasteis las orejas para oirlo, y